

## Donald Trump y el Nobel de la Paz

Carlos LARRÍNAGA

Historiador y politólogo. Catedrático de Universidad

No me digan que no les hubiese gustado ver la cara del multimillonario al saber que el prestigioso galardón del 2025 no era para él, sino para la opositora venezolana María Corina Machado. Personalmente, a mí me hubiese encantado, porque lleva meses insistiendo en que se lo merece. En parte, porque es un ególatra y siempre necesita tener satisfechos sus caprichos. En parte, por envidia, ya que a Obama, su gran rival político, se lo concedieron. Probablemente pensara que, con la firma de alto el fuego entre Hamás y el gobierno israelí, él estaba muy cerca de obtenerlo. Y de ahí las enormes prisas que tenía para que ambas partes acordasen. De momento, tiene que conformarse con la visita al Parlamento israelí y la recepción de su gran amigo Netanyahu y la asistencia a Egipto para darse un baño de pleitesía y adulación, que, en verdad, es lo que le gusta.

Respeto a quienes disienten de la concesión de este premio a Machado, aduciendo que se lo han dado por motivos políticos. Algo que no es extraño en absoluto ni es la primera vez. Sin embargo, quiero subrayar su condición de mujer, frente a un Trump acusado en varias ocasiones de agresión sexual; y su condición de demócrata, frente a un Trump alentador de un golpe de Estado. Su cuestionamiento del sistema electoral cuando perdió contra Biden, sus intentos de destrozó institucional en el mandato anterior y la deriva autocrática que vive Estados Unidos desde que tomara posesión el 20 de enero no hacen sino confirmar el germen dictatorial que alberga el inquilino de la Casa Blanca, limitado, no obstante, por los equilibrios de poderes contemplados en la propia Constitución. Tampoco ayudan las palabras que mencionó en el funeral de Kirk al hablar de odio a los enemigos, cuando realmente en política lo que hay son adversarios. Pero como él la entiende en términos maniqueos, no es de extrañar que la violencia política haya aumentado considerablemente en ese país en los últimos años. Y es que, para Trump, enemigos no son sólo los miembros del Partido Demócrata, sino también los inmigrantes, los homosexuales, los periodistas, los humoristas, los jueces, etc. Es decir, todos aquellos que no están con él. Es el mayor divisor que ha tenido la escena política estadounidense en décadas. ¿Puede, por tanto, un individuo así aspirar al Nobel de la Paz? ¿Un hombre que se mueve por instintos y por el odio y que ha logrado partir en dos a la sociedad norteamericana? En este sentido, creo que Machado, que lleva años luchando por una auténtica transición a la democracia en Venezuela, que traiga la reconciliación, la prosperidad y la calma a su patria, es mucho más acreedora del Nobel que Trump.

Por principio, pienso que es bastante arriesgado otorgar esta distinción al comandante en jefe del ejército más fuerte del mundo. Particularmente, porque los ocupantes del Despacho Oval suelen movilizar sus tropas en favor de un bien superior, como es el interés estadounidense. En el caso de Trump es peor aún, pues atacó Irán en beneficio de Israel. Ciertamente, desde que tomara posesión de su cargo, se comprometió a traer la paz al mundo, terminando en 24 horas con el conflicto de Ucrania y poniendo fin a la masacre en Gaza. De momento, de lo primero casi ni se habla y de lo segundo, esperemos que el fin de la agresión no sea un espejismo y abra el camino hacia una paz duradera. En cualquier caso, él presume de haber detenido siete guerras, aunque es incapaz de concretarlas y de citar correctamente los estados implicados en las mismas. Pura fanfarronería. Eso sí, no dice nada de su complicidad en las matanzas de Gaza al haber seguido mandando armas a un Netanyahu perseguido por

la Corte Penal Internacional por crímenes de guerra. Que el responsable del genocidio de la Franja lo haya patrocinado para el Nobel de la Paz no deja de ser paradójico cuando menos.

Dicho esto, conviene recordar que tampoco es muy habitual conceder un Nobel de la Paz a un presidente norteamericano, y menos que éste se postule y presione para ello, como hace el petulante de Trump. Recientemente, tenemos el caso de Barack Obama, a quien premió la Fundación Nobel simplemente por haber dado un discurso en la Universidad Al-Azhar de El Cairo proponiendo una nueva relación entre Occidente y el mundo musulmán, incluyendo una salida para los palestinos, pocos años después del atentado del 11S. En mi opinión, fue una decisión completamente desafortunada. En especial, si consideramos que cuando abandonó la Casa Blanca, la situación en Próximo Oriente era peor que en tiempos de Bush, que ya es decir. Previamente, otro demócrata, Jimmy Carter, también lo obtuvo; no como presidente de Estados Unidos, sino después, por su intensa labor desde su Centro por conseguir soluciones pacíficas en el mundo. En este caso sí fue apropiado. ¿Y Trump? Habrá que ver si la paz se asienta y los palestinos ven por fin cumplidos sus justos anhelos políticos. En ese caso, tal vez.

11 de octubre de 2025

Publicado en *El Diario Vasco*, 20 de octubre de 2025, p. 15